

malvado : « La doy á su desgracia, contestó, no á su persona. »

Beneficencia y probidad.

Una mujer se presentó al cardenal de la Rochefoucauld manifestándole que iba á ser despedida con su hija del reducido cuarto que ocupaba en casa de un rico propietario por no poder pagarle cinco escudos que le debia. La honradez que se desprendia del tono con que aquella pobre mujer le hablaba, daba á conocer que si habia caido en la desgracia era porque apreciaba mas la virtud que las riquezas. Escribió una carta para que la presentara á su intendente, quien habiéndose informado de su contenido, la entregó cincuenta escudos. « Señor intendente, dijo la portadora, debe de haberse equivocado su eminencia, pues yo no he pedido tanto. » Volvió á llevar la carta al cardenal, quien contestó : « Es cierto que me habia equivocado. » Y en lugar de cincuenta escudos escribió quinientos, que hizo aceptar á la virtuosa madre como dote para su hija.

El platero.

En 1794 perdió su marido la señora de N..., y con él todos sus recursos, encontrándose en Paris sin medio alguno de subsistencia y con cinco hijos de corta edad. Púsose á trabajar esta digna mujer en casa de un zapatero como ribeteadora, pero faltó el trabajo, y entonces acudió á un platero de la vecindad, al que fué vendiendo sucesivamente las pocas alhajas que la habian quedado : hoy era un vaso de plata, mañana unos pendientes, despues una cruz de diamantes, hasta el anillo nupcial. Ya no la quedaba mas que la ropa blanca, que tambien aceptó el honrado platero. Todas las semanas le llevaba alguna prenda y él le entregaba su valor; por este medio pudo sostener tres años á su familia la pobre viuda, pero de pronto cesó de presentarse en casa del platero. Extrañando éste su ausencia, se inquietó por ello, y preguntando dónde vivia

aquella señora, consiguió saber sus señas y fué á llamar á su puerta. Salió á abrir una niña de corta edad; habia entrado el invierno y no habia lumbre en el cuarto. La señora de N..., medio cubierta con una manta, hacia lo posible por preservar con ella á sus niños del frio, derramando á la vez abundantes lágrimas.

« ¿ Cómo es, señora, que ya no venís á mi casa? dijo el platero. ¿ Estais enferma? — He vendido ya todo, no me queda nada absolutamente, respondió la señora de N..., y me encuentro reducida, como veis, al solo abrigo de esta manta. ¿ A qué quereis que vaya á vuestra casa si ya no puedo llevaros mas que lágrimas? — ¡ Desdichada mujer! ¿ Y con qué os sosteneis vos y vuestros hijos? — ¡ Comemos el pan que la administracion de beneficencia da á los pobres; es nuestro único recurso, pues ni aun puedo dar un poco de sopa á mis niños, que de dia en dia van extenuándose!... — Señora, cobrad ánimo, repuso el platero, y confiad en el porvenir; entretanto, oidme. Habeis depositado en mi casa vuestros pendientes, el anillo nupcial, una cruz de diamantes y ropa blanca; lo he vendido todo y he sacado de ello 2,000 francos que os entrego; este dinero es vuestro, aceptadle, pues. En cuanto á las pequeñas sumas que habeis recibido de mí, consideradlas como un préstamo, como un adelanto que arreglaremos en mejores tiempos. » Al decir estas palabras el platero, desaparece sin esperar respuesta.

El agradecimiento de la señora de N... correspondió á la generosidad de su bienhechor; léjos de ruborizarse de su miseria y de los dones con que habia sido aliviada, refirió el suceso por todas partes, y la prensa misma lo divulgó á instancias suyas.

Dos años despues cambió su situacion, y pudo entonces devolver al honrado platero sus adelantos; la publicidad que ella misma habia dado á su historia procuró al platero infinidad de buenos parroquianos, por cuyo medio hizo una fortuna brillante que justamente merecia, puesto que la debia á su virtud y filantropía.

CARIDAD, BENEFICENCIA DE LOS POBRES.

No es necesario ser rico para ser benéfico; la bondad nos proporciona placeres verdaderos que no se gastan con el uso, que se renuevan sin cesar y cuyo recuerdo es otro goce purísimo:

Mas mérito tiene el pobre que el rico ejerciendo la caridad, porque éste solo da lo supérfluo mientras que el pobre da de lo que necesita:

No hay condicion por humilde que sea en la que no se puedan crear deberes que, perseverando en ellos, se convierten en virtudes admirables:

Las buenas obras adquieren mayor mérito con la modestia de su autor y la sencillez que las acompaña. (Autores varios.)

Una deuda pagada.

Llegó á Módena un pintor joven falto de todo recurso,



El Pintor.

y dirigiéndose á un artesano le pidió por favor le buscara un alojamiento barato; el artesano le ofreció la mitad del suyo. En vano se buscó trabajo para el extranjero, pero no por eso desmayó su protector, animándole y consolándole. Cae enfermo el pintor, y lo que hace el artesano es levantarse mas temprano y acostarse mas tarde para ganar algo mas y proveer á las necesidades del enfermo, que escribe á su familia.... Cuidó de él todo el tiempo que duró la en-

fermedad, que fué bastante larga, y satisfizo á todos los gastos. Algunos dias despues de su curacion recibió el extranjero una suma importante que le remitia su familia y quiso pagar al artesano, pero éste le respondió así: «De ningun modo; esa es una deuda que habeis contraido para con el primer hombre de bien que encontréis en la desgracia; ese beneficio le debia yo á otro y acabo de solventarle; no olvideis hacer lo mismo cuando la ocasion se presente.»

El herrero.



Pasando á media noche M. Cheron por delante de la fragua de un pobre herrero, oyó los repetidos golpes que

éste daba sobre el yunque. Entró y quiso informarse del motivo que le tenia trabajando hasta hora tan avanzada.

« No trabajo para mí, dijo el herrero, sino para mi vecino Pedro, pues el fuego ha reducido su casa á cenizas y se encuentra por puertas. Madrugo dos horas ántes de lo acostumbrado y me acuesto otras dos mas tarde, lo que suma dos dias de trabajo por semana que dejo en su favor; todo es algunos martillazos de mas. Si tuviera alguna cosa la partiria con él, pero no tengo mas que mi yunque; á Dios gracias no falta el trabajo por ahora, y cuando hay brazos bien se puede socorrer al prójimo. — Está muy bien lo que haceis, pero, ¿ creeis que podrá devolveros algun dia vuestro vecino lo que hoy estais haciendo por él? — Puede que no, y lo temo mas por él que por mí; pero, ¿ qué quereis? no falta el pan de cada dia, y en suma, yo no seré mas pobre por eso, y sus pobres hijos no morirán de necesidad. Bueno es ayudarnos unos á otros; si fuera mi casa la que hubiera ardido, bien me alegraria de que hicieran otro tanto por mí. »

El afilador.

Antonio Bonafoux, nacido en el departamento de Cantal, era afilador, y vivia en la misma casa y piso que una pobre viuda que habia tenido doce hijos á todos los cuales habia criado; un niño le quedaba cuando falleció su marido.

Este triste suceso la sumió en la miseria, hallándose en la imposibilidad de procurar á su hijo la conveniente educacion ni que aprendiera un oficio. El afilador, que no tenia sino lo que podia ganar diariamente, se conmovió al ver el infortunio de la madre y del niño, y comenzó por socorrerla con lo que podia, pagándole la pobre mujer con su celo y sus cuidados.

Tuvo la viuda un ataque de apoplejía, y Bonafoux se opuso á que la llevaran al hospital, haciendo los mayores sacrificios para que se curara en su casa.

El niño fué puesto de aprendiz, y el buen afilador, que proveia una parte de lo que necesitaba, estaba siempre imaginando medios para vestirle.

La viuda sufrió otro segundo ataque mas terrible; se quedó paralizada de un brazo, y ya no pudo hacer uso de las piernas sino con una muleta. Aquella nueva desgracia excitó mas la compasion y la generosidad de Bonafoux, quien aumentó sus sacrificios para subvenir á las necesidades de la madre y de su hijo hasta que terminara éste su aprendizaje.

Digna es de citar como un ejemplo admirable la perseverante generosidad de aquel honrado obrero, que vivia del escaso producto de una familia desdichada, á la vez que empleaba en su modo de proceder una delicadeza de sentimientos que honraria á muchas personas de superior categoria.

El soldado enfermo.

Acababa de concluir sus estudios un jóven pobre que no tenia ni siquiera el dinero necesario para hacer un viaje que debia decidir de su suerte, y con este objeto se dirigió á la administracion del hospital de Poitiers, ignorando que los fondos de los hospitales están destinados á un objeto muy sagrado y que no se pueden gastar; así fué que la administracion, á pesar de su buena voluntad, y de tener á la vista semejante infortunio, no pudo hacer nada para socorrerle. Cuando estaba el jóven exponiendo su situacion á uno de los administradores, oyó la voz de un soldado enfermo que se hallaba en cama, y que dirigiéndose á él, le dijo: « Amigo mio, tengo veintiun francos, tomad diez y ocho; si me curo, ya encontraré medios de reunirme á mi regimiento; un apurillo se pasa pronto, máxime cuando se hace algun bien, pues esto da fuerza y valor. »

El ama de leche.

Una nodriza dió tambien un ejemplo de ternura; era una lechera que vivia en un pueblecillo cerca de Besançon. Habia criado un niño perteneciente á una familia de dicha ciudad, y no le costó pocas lágrimas cuando ya destetado tuvo que devolverle á sus padres, pues le habia criado considerándolo como hijo propio. Poco despues supo que el padre, que era comerciante, habia quebrado, que estaba arruinado, que los acreedores le perseguian, y por último, que habia desaparecido abandonando á su familia. Corre en seguida á la casa, busca su hijo de leche, y hallándole en un estado lastimoso, le toma en sus brazos, le cubre de besos y se le lleva á su casa. Desde entónces su marido y ella partieron con aquel niño el pan que ganaban con el sudor de su frente.

El aguador.

Relato del párroco de san Juan y san Francisco de París.

Hace algun tiempo vino á verme la mujer de un aguador llamado Jacquemin, padre de tres niños, que solo ganaba de siete á ocho reales diarios, con el fin de pedir algun socorro para una mujer indigente, imposibilitada y por lo mismo sin poder ganar su subsistencia. «¿Dónde vive esa mujer? la pregunté. — En mi casa. — ¿Desde cuándo? — Hace diez meses, ahora empieza el oncenno. — ¿Cuánto os paga por mes ó por dia? — Nada, señor. — ¿Cómo nada? — No tiene sobre que caerse muerta; desde que está en casa hago un poco mas de sopa y come con nosotros. — Pero vos no teneis medios de hacer ese sacrificio; ¿os ha prometido al ménos que tarde ó temprano podrá pagaros de algun modo? — No nos ha prometido nada y no promete sino sus oraciones. — ¿No murmura vuestro marido? — ¿Mi marido? mi marido es muy bueno y no dice una palabra. — ¿Va á la taberna? — Nunca; lo

que hace es matarse trabajando para dar de comer á sus hijos. — Hace diez meses.... es demasiado.... — Estaba en la calle esa pobre mujer, y me pidió la diera asilo por dos ó tres dias, pero ni Jacquemin ni yo tenemos corazon para despedirla de casa. — Pero buena mujer, ¿cuántas piezas tiene vuestra habitacion? — Dos. — ¿Cuánto os cuesta? — Pagaba ciento veinte francos al año, pero le han subido veinte francos, lo que hace cuarenta céntimos diarios. — Pues creo que deberíais pedir para vos el socorro. — Gracias á Dios, yo no pido nada miéntras mi marido y yo podamos trabajar; me avergonzaria de importunar á nadie por nosotros. — Está bien; tomad, buena mujer, hé aquí diez francos para.... — ¡Oh qué contenta se va á poner la señora Petrel!... »

¡Lágrimas de alegría surcaban el rostro de aquella mujer caritativa; era á ella á quien yo queria dar aquel dinero, pero la dejé en su error, error que la honraba sobremanera! «Decid á la viuda Petrel, que tanto os debe, que presente un memorial para ser admitida en un hospicio y que me le entregue á mí; yo me encargo de lo demas. »

La viuda fué colocada en un hospicio excelente.

¿No es este un ejemplo que merece citarse? ¡Diez meses de asistencia, casa y alimento dados sin esperanza de recompensa, por la indigencia laboriosa á la indigencia imposibilitada!...

La señorita Linet.

En el piso mas elevado de una casa de modesta apariencia en una calle de París, hay una reducida habitacion, donde no se ve mas que un sillón, una cama, y por todo adorno un crucifijo; allí vivia hacia muchos años la señorita Petra Linet, no teniendo para vivir sino el producto de sus manos.

Ya contaba sesenta años y muchas buenas acciones cuando fué á refugiarse en una boardilla próxima á la

suya una pobre anciana, la señora Billy, viuda de un empleado de correos.

No tenia esta señora otro recurso para vivir que una pension vitalicia de treinta francos semanales. Sin embargo, no era la pobreza lo que mas la contristaba, pues llegaba ya el término de su vida; la acompañaba sí un profundo dolor: su hija estaba impedida á mas de ser sordo-muda. ¿Cómo buscarla un apoyo? No podia consentir en la idea de dejarla sola.

Cada dia que pasaba aumentaba la desesperacion de la pobre madre, hasta que movida de compasion la señorita Linet, llegó á enterarse poco á poco de los pesares de la madre, de las necesidades de la hija, y colocarse entre aquellos dos seres como una segunda Providencia.

Cuando llegó el momento fatal, la señora Billy, en la hora de su muerte, confió su hija á su amiga, quien la dijo: « Jamas la abandonaré. »

No pensando sino en cumplir aquella promesa sagrada, la señorita Linet comenzó á los sesenta y cinco años la sublime tarea por la pobre huérfana que la habia inspirado un cariño verdaderamente maternal.

Apénas cerró los ojos aquella anciana, hizo trasladar á su hija á su estrecha habitacion. No habia sino un lecho, que fué destinado á la enferma. La señorita Linet trabajaba diez horas diarias, trabajó quince, diez y ocho; cuando el trabajo no bastaba, vendia lo poco que tenia.

¡A qué punto puede llegar la pasion de la caridad! Un solo sér habia podido comprender hasta entónces los signos y sonidos inarticulados de la desdichada sordo-muda. La ingeniosa virtud de la señorita Linet la dió la llave de aquel lenguaje.

Siente por la huérfana la misma inquietud, el mismo amor turbado que una madre sin haber conocido nunca sus goces ni esperanzas; cuando se la habla de la imposibilidad de continuar á su edad esa vida de sacrificios perpétuos y abnegacion sobrehumana, dirige sus ojos al cielo, y llevándolos desde allí hácia su hija adoptiva, res-

ponde con sosegada confianza: « La he recibido de su madre, y solo á Dios la entregaré. »

La familia Grosso.

[Siglo XIX.]

Un coronel español, que por diversas vicisitudes se quedó sin recursos y sin asilo, habia tenido á su servicio por espacio de veinte y cinco años un soldado llamado Grosso, que le habia seguido en todas sus campañas, sin abandonarle el fiel sirviente ni en la vejez ni en la ancianidad. Grosso murió, pero su mujer y sus hijos creyeron de su deber continuar su tarea y se dedicaron á ella con valor. El hijo entregaba religiosamente á su madre todo lo que ganaba para poder sustentar al amo de su padre; desgraciadamente, la muerte le sorprende en lo mas florido de su edad, cuando contaba treinta y tres años, y la madre, agobiada de golpes tan terribles, se encuentra incapaz de trabajar. Quedan dos hijas para sobrellevar aquella herencia de abnegacion y sostener á la vez al anciano coronel y su bienhechora. Las dos eran bordadoras y trabajaban dia y noche, pero con tanta asiduidad, que atacada la mayor de una enfermedad incurable, no pudo ya contribuir con su trabajo. De este modo se encontraron á cargo de la hermana menor tres personas, el coronel, su madre y su hermana; no obstante, Petronila Grosso acepta todas las cargas que la envia la Providencia. A fuerza de trabajo, de privaciones y valor, á todo basta. Su ánimo no cejará, pero su salud se quebranta, y cuando los vecinos asustados la proporcionan medios para procurarse mejores alimentos, compra al anciano alguna chuchería que le recuerda su patria y sus tiempos prósperos. Si la dan en el invierno algunas prendas para abrigarse, se las da á su hermana. Parecia sobrenatural su constancia en medio de tanto infortunio, si no hallara en la religion el sosten que puede igualar nuestras fuerzas con nuestros deberes y nuestras tribulaciones. ¿No es de admirar esta familia que la

muerte hiere con repetidos golpes sin que se agote el manantial de sentimientos generosos que de ella brota, y que de uno en otro se transmite en esta generacion como una herencia? Nada atestigua mejor el poderoso influjo de la educacion, y lo que pueden hacer los padres para asegurar á sus hijos el tesoro de los buenos sentimientos con el de los buenos ejemplos.

La viuda Vignon.
[1822.]

Miserablemente vivia en Burdeos la viuda Vignon, cardadora de oficio. Era amiga suya la viuda de un oficial retirado que habia muerto en el cuartel de Inválidos. La enfermedad que habia atacado á la señora Dutois (éste era el nombre de su amiga) la impedia ganar para vivir, y habiendo perdido la viuda Vignon parte de sus parroquianos, fué preciso pensar en buscar otro modo de existencia. La cardadora se acordó de Paris, donde habia nacido, y donde habia dejado sus protectores, pero donde no sabia si encontraria trabajo. Decídense á ponerse en camino; ¿pero cómo hacerlo? es tan largo, tan penoso y tan costoso, y ninguna de las dos tiene crédito ni recurso alguno. La viuda Vignon puede ir á pié, pero la señora Dutois no puede moverse. ¿Quién no retrocederia ante tales obstáculos?

Pero la viuda Vignon no se desalienta por eso; vende sus pobres muebles y con su producto compra un carretoncillo en donde coloca á su amiga y ella misma tirando de él intrépidamente, la conduce de este modo de pueblo en pueblo, de una ciudad á otra, por caminos erizados de dificultades y malos pasos, sufriendo el cansancio y las privaciones sin quejarse, sin amilanarse, y sin pesar alguno por haber tomado tan atrevida resolucion. Conforme va adelantando crecen los obstáculos; las nubes cubren el cielo, estalla la tempestad y los caminos se hacen imtransitables. Ya llegan á Angulema, y cruzan por sus calles en una situacion

lastimosa. A la pobre viuda, jadeante, sudando á chorros, y su carreton hundido en un bache de barro espeso y pegajoso, solo la queda un resto de fuerza debido á la angelical obstinacion de su virtud, excitando el interes de todos, pero sin obtener auxilio de ninguno. Aquel espectáculo tan nuevo, tan conmovedor, llama la atencion de una señora que pasaba por allí¹, quien profundamente admirada de aquella escena, se acerca á las dos mujeres, pregunta, sabe la verdad, corre hácia aquellas desdichadas que van á dejar de serlo, pone en sus manos el oro que ha recogido en el instante para ellas, y les procura la proteccion del prefecto, dichoso en asociarse á aquella accion benéfica, quien las da una boleta de ruta con la etapa y el socorro correspondiente; y entónces con tan poderosa intervencion, puede llegar la viuda Vignon á donde la llamaba su evangélica mision.

Una vez en Paris, la viuda y la enferma se hospedan en una boardilla; la cardadora encuentra trabajo y con él puede proveer á dos existencias. No pasaba dia en que no aplaudiera su valerosa decision que el éxito coronó, y diariamente tambien recibia nuevas bendiciones de su compañera, que á pesar de ser de mas edad, se complacia en llamarla su madre adoptiva.

María.
[Siglo XIX.]

Con paso alegre y ligero marchaba una jovencita de quince años por el camino de Vesoul: iba á comprar, con el dinero que habia economizado, el vestido y otras prendas que pensaba estrenar el dia de la fiesta de su aldea. Su corazon rebotaba de júbilo; sus adornos iban á eclipsar los de sus compañeras. Esta jovencita era María, hija de un labrador humilde. En medio de sus sueños dorados encuentra en el camino un pobre viejo en la mayor indigencia y derramando copioso llanto. Párase Ma-

1. Madama de Jumilhac, sobrina de un ministro de Luis XVIII.

ría, y escucha, llorando ella también, la relación que hace el anciano de sus desgracias; la piedad se apodera de su alma, ya no necesita vestidos nuevos, la caridad entra en su corazón y triunfa de su vanidad juvenil: da al pobre su modesto bolsillo y empieza á conocer que una buena acción proporciona más felicidad que un vestido nuevo.

Los niños de la escuela de Stanz.

[1799.]

Pestalozzi, célebre por su virtud y su talento, se dedicó á la educación de la juventud. Aceptó la dirección de un establecimiento en Stanz¹, donde se hallaban acogidos los



niños pobres que la guerra había hecho huérfanos y que carecían de toda clase de medios. Estaba sostenido dicho establecimiento con una subvención pagada por el gobierno y con el producto del trabajo de los niños, que se ocupaban en la jardinería en el buen tiempo, y durante el invierno en hacer tejidos ó hilados. Apenas tenían lo estrictamente necesario. Súpose de pronto que la pequeña ciudad de Altorf, cerca de Stanz, había sido reducida á cenizas por un incendio. Pestalozzi reúne sus discípulos y les habla de este modo: « Altorf ha quedado destruido, y puede que pasen de ciento los niños que en este momento se encuentran sin ropa, sin alimento y sin asilo; ¿queréis que pidamos al gobierno nos permita recibir en este colegio veinte de esos niños? — ¡Sí, sí! respondieron á una los escolares. — Pero reflexionad bien lo que pedís, repuso el director. Tenemos poco dinero á nuestra disposición, y no es seguro que nos concedan nada más en favor de los que vengan. Para con-

1. Pequeña ciudad de Suiza, capital del cantón de Unterwald.

servar nuestros medios de existencia tal vez tengamos que trabajar más que hasta ahora, y probablemente habréis de dividir vuestros vestidos y vuestro alimento con ellos. Si no estais seguros de imponeros estas privaciones sin sentirlo después, no los llameis á vuestro lado.» Varias veces insistió el director en estas objeciones, haciendo repetir á los niños las mismas palabras que había pronunciado para ver si las habían comprendido, pero ellos perseveraron en su generosa resolución. « Que vengan, dijeron todos, que vengan, y aunque suceda lo que nos habeis dicho, queremos que dividan con nosotros todo lo que tenemos. » Fueron, en efecto, siendo recibidos y tratados como hermanos.

Los jóvenes escolares de Passy.

[1842.]

Un pobre trabajador llamado Morvan, viudo hacia ya algunos años, marchó á París en el invierno de 1842 con un niño pequeño desde una provincia lejana, con la mira de trabajar en las fortificaciones de la capital; á su llegada obtuvo autorización para colocar á su hijo, de edad de nueve años, en la escuela comunal de Passy. El padre y el niño se hallaban en la mayor miseria; apenas si tenían pan todos los días, pues muy á menudo se acostaban sin cenar. Una vez dijo á sus condiscípulos con su franca ingenuidad: « Esta noche nos acostaremos en ayunas, porque no tenemos pan. » Entónces otro niño, casi tan pobre como él, le dió parte de su comida, lo que visto por los otros, se condolieron de su triste situación, y todos los días se apresuraban á darle no solo lo que necesitaba sino también para su padre que perdía muchos días de trabajo á causa del mal tiempo. Así unos daban pan, otros un cuarto, dos ó tres; otros les procuraban ropa y hasta zapatos. De este modo el pobre niño llevaba todas las noches dos libras de buen pan por lo ménos que servía para cenar y al día siguiente desayunarse. Lo más admirable fué que todo

el tiempo que duró el invierno se sostuvo en el mismo grado la piedad en los corazones de los niños, sin debilitarse un momento y siempre con el mismo afecto cariñoso.

Cuando mejoró el tiempo, aquellos dos desdichados volvieron á ponerse en camino, dirigiéndose á pié á su tierra, pero llevando grabado el recuerdo de la escuela de Passy.

§ VIII. HUMANIDAD, ABNEGACION.

El espectáculo de las desgracias causadas por algun incendio violento, la vista de un hombre atacado por malhechores, los gritos de un niño que va á perecer entre las olas, en fin, la presencia de un peligro inminente arrastran multitud de almas generosas á arriesgar la propia vida por salvar la de sus semejantes; estos son arranques del alma, movimientos de generosidad espontánea dignos de toda alabanza y que honran á la humanidad. (LEBRUN.)

Hay circunstancias en que el hombre, para socorrer á sus semejantes, desplega de repente una magnanimidad, una fuerza de voluntad y decision, y una elevacion de sentimientos asombrosos. Es Francia tan fecunda en almas generosas, que siempre que ocurre alguna catástrofe extraordinaria, por todas partes brota una abnegacion tambien extraordinaria. (B.)

Cuando oimos referir algun rasgo de abnegacion, nos sentimos conmovidos profundamente, disfrutamos un placer puro, y nos sentimos mejores. Si imitásemos lo que hemos admirado, haciendo obras semejantes á aquellas cuyo solo relato nos ha conmovido tanto, ¿no es indudable que nuestro placer seria mucho mas vivo, nuestra emocion seria mas fuerte y mayor nuestra dicha?

ENFERMEDADES Y MISERIA.

Betancourt.

[Siglo xvi.]

Pedro de Betancourt, religioso frances, se hallaba en Guatemala, ciudad de la América central, y no pudo ménos de compadecerse de la suerte de los esclavos para los que no existia asilo alguno en caso de enfermedad. Habiendo obtenido por caridad el don de una mísera casita que le habia servido ántes de escuela para los pobres,

construyó él mismo una especie de enfermería que cubrió con techo de paja, con el objeto de que sirviera de refugio á los esclavos que lo necesitaran. No tardó en encontrar una esclava negra, lisiada y abandonada por sus amos. El noble religioso carga con ella á cuestras, y orgulloso con su fardo, la lleva á aquella mala choza, que él llamaba hospital. Recorria toda la ciudad en busca de auxilios para la enferma, que no sobrevivió mucho tiempo á su caridad, y derramando sus últimas lágrimas prometió á su bondadoso enfermero pediria por él la recompensa celeste que sin duda ha obtenido.

Enternecidos muchos ricos con la virtud de aquel sacerdote, procuraron fondos á Betancourt, que vió transformarse la cabaña de la esclava negra en un hospital magnífico. Nuestro religioso murió jóven, su amor á la humanidad habia consumido su corazon. Apénas se divulgó la nueva de su muerte, todos los pobres y los esclavos corrieron en tropel al hospital para ver por última vez al que habia sido su bienhechor; besaban los piés del cadáver, le cortaban retazos de su hábito, hasta que hubo que poner centinelas al lado de su atahud.

La órden del padre Betancourt sobrevivió; la América entera se cubrió con sus hospitales, servidos por religiosos que tomaron el nombre de Bethlemitas. Hé aquí la fórmula que empleaban al hacer sus votos: « Hago voto de pobreza, de castidad y de hospitalidad, y me obligo á servir á los enfermos pobres aun cuando sean infieles y estén atacados de males contagiosos. »

Belzunce y Roce.

La historia ha consignado en sus páginas los nombres del piadoso Belzunce, arzobispo de Marsella, y del noble caballero Roce, quienes durante la peste que desoló esta ciudad en 1720 y 1721, imitaron el celo y la abnegacion de que tan bello ejemplo dió san Cárlos Borromeo cuando la peste de Milan. Véaseles en lo mas fuerte del contagio